

Editorial

Omar Lopera

“¿(...) Qué te falta, menesteroso en mitad de las entrañas de la abundancia?” Cervantes: Quijote; II, 29

El ahínco de un equipo editorial que sólo consideró como límite razonable para terminar una jornada de trabajo el agotamiento, nos permite ofrecerle a la comunidad la edición # 10 de la Revista Ambiental ÉOLO, centrada en la Dimensión Ambiental de la Seguridad Alimentaria. Nueve lunas atrás anunciamos este propósito, y el de producir otras dos ediciones de colección: Los caminos antiguos de Antioquia y La diversidad biológica de Antioquia.

¿Qué encontramos para esta nueva edición? En principio, insoslayable y frontal, un desolador panorama. Hoy, la discusión sobre el tema alimentario no se puede reducir al diagnóstico técnico que privilegia la “eficiencia” productiva, categoría deslegitimizada al constatar que a pesar de producir alimentos suficientes para satisfacer las necesidades proteicas de 12.000 millones de personas, aquí, entre nosotros, en nuestros barrios, se mueren de hambre hombres, mujeres y niños; y en los países asiáticos y africanos, y en los ghettos de Belgrado y Nueva York.

Así, secundados por los administradores de la muerte minuciosa, marchan cual césares los enfáticos comediantes del progreso avasallador, de Porto Alegre en Davos, de Seattle en Gleneagles, ultimando los inconvenientes ideados por sus jefes de finanzas angloparlantes para dilatar la condonación de la impúdica deuda externa o el desembolso de los pírricos fondos destinados a paliar el indecible sufrimiento humano derivado de la inmisericordia de los amos del mundo.

Entretanto, los expoliados descendientes de las pródigas civilizaciones otrora asentadas en las mendicantes Guatemala de hoy, o Burkina Fasso; Chechenia, Bolivia o Irak o Benin; Haití, Ruanda o Albania o Colombia, aguardan, de hinojos en la áspera línea donde claudica la soberana soledad de los pueblos y comienza el hipnótico zumbido de las moscas del mercado, las migajas que habrán de caer de las opíparas mesas dispuestas en los foros autistas del Norte, mientras se diseñan las futuras estrategias para convencer a los desheredados del Sur de que su único patrimonio, el material genético de la biodiversidad mundial – casualmente radicada en su mayoría hacia el sur –, también les pertenece, merced a los derechos que confiere la omnipotente propiedad intelectual.

Los actuales escenarios donde se negocia la “viabilidad” de los pueblos (disculpen la obscenidad) responden a las exigencias planteadas por los nuevos caciques de la aldea global. El eufemismo utilizado es el adjetivo “libre” antepuesto al comercio. ¿Pueden celebrarse tratados dignos entre funcionarios de proveniencias tan dispares como los que solían verse durante el auge expansivo del imperio romano? La renuencia de la única potencia hegemónica que permanece, tras el cese de la guerra fría, a suscribir acuer-

dos tan sensatos como el de la reducción de gases letales para la biósfera, no permite alentar grandes esperanzas.

“Uno no está obligado a hacer más de lo que puede, pero sí a hacer todo lo que puede y debe” escribió con sangre Rafael Uribe Uribe, el demócrata. Por eso celebramos la firma del Acuerdo Municipal N° 38 de 2005 que establece la Política Pública de Seguridad y Soberanía Alimentaria y Nutricional en Medellín, para poner a tono a la ciudad con lo estipulado en los Derechos Fundamentales (artículos 11-41); el Art. 65 (protección estatal a las actividades relacionadas con seguridad y soberanía alimentaria) y el Art. 79 (a disfrutar de un ambiente sano) de la Carta Magna; y en el plano internacional, con lo proclamado en la Declaración Universal sobre la Erradicación del Hambre y la Malnutrición respecto al carácter inalienable del derecho que tiene todo ser humano a no padecer hambre ni desnutrición.

La firma de ese acuerdo obedece a una secuencia operativa iniciada con el reciente seminario internacional sobre seguridad y soberanía alimentaria “El hambre en la ciudad... ¡Una papa caliente!”, cuyo comité académico continuó elaborando el proyecto que hoy, gracias al empeño de la Mesa de Seguridad Alimentaria y a la asertividad de las autoridades municipales, oficializa una nueva realidad política.

El Plan de Desarrollo 2004-2007 revela que un 42 % de la niñez en los estratos 1,2, y 3 de Medellín presentan desnutrición global; revela que en la ciudad de la eterna primavera se viola el derecho básico de todo ser humano, y que existe inequidad en la distribución de los recursos. No se busque más la calentura en las sábanas: el problema no está en el documental de “La Sierra”, ni en la crudeza visual del cine de Gaviria, o en la virulencia de las columnas de Alberto Aguirre y Abad Faciolince, ni en las acres parrafadas novelísticas de Fernando Vallejo; está en las estadísticas de los documentos públicos, reflejo de una realidad innegable tras los récords Guinness de las cabalgatas. No se trata de cuidar la imagen ¡la imagen!, sino de reformar las estructuras que subyacen a las apariencias. La más grande poesía – pura imagen – es la que se ignora a sí misma, siempre ocupada en su realización.

Mil gracias a la presidencia del Concejo de Medellín por su deferencia con la revista; a ella debemos la inclusión en el índice de las valiosas conferencias dictadas por Elsa Leonor Nivia, Alberto Yepes, María José de Oliveira, Raúl Terrile, José Luis Duque, Fernando Cordero, Rodrigo Rivera, Cristian Marcelo Candía y María Caridad Cruz durante el citado seminario, como también agradecemos la entusiasta generosidad de los conferencistas. Los errores en la adaptación de las exposiciones son responsabilidad nuestra.

Por último, ofrecemos una primicia literaria: el poema inédito Los Recolectores de la Muerte, de Olga Elena Mattei, la poeta colombiana más galardonada en el exterior, escrito en 1967, y que más pareciera una profecía. A Olga Elena, la gratitud por el honor que nos concede y por su voz de aliento en las dificultades.